



Animales

Las recientes manifestaciones de ganaderos con la intervención de sus animales en primera línea, y la crueldad de determinadas fiestas populares, sugieren al autor ciertas comparaciones.

Mal lo tienen los animales en este país. En pocos días, por diferentes motivos y sectores, los animales españoles aparecen víctimas de españoles animales, más víctimas que nunca, a pesar de que figuramos en los primeros puestos del "hit parade" universal de la crueldad contra las bestias. Terminado casi el verano, territorio frecuentemente disfrazado de fiesta mayor como pretexto para torturar burros, asnos, cerdos, patos, gallos y toros, sobre todo toros, se restablece la vida normal y ahí está el reguero de cabritos sacrificados no por mor del hambre humana, sino de supersticiones brujeriles que podrían ejercerse sacrificándose el brujo a sí mis-

mo o a su padre o a su recaudador de impuestos, sin trasladar a una pobre bestia laica los prejuicios religiosos que a veces, no siempre, se llaman supersticiones. Y no es de extrañar que en la ruta del cabrito degollado el día menos pensado se encuentre a una niña descuartizada por su propia madre, por sus propias tías, por su supuesta curandera exorcista. La facilidad del toque de degüello se comprende cuando se empieza por un cabrito y se le encuentra el gusto hasta topar con la consistencia de un pescezo humano.

Y en Madrid, tierra bajo la sospecha de todas las calamidades y todos los vicios y excesos, desde aquellos versos moralizantes de la zarzuela "Don Gil de Alcalá", un ganadero lanar, cansado de manifestarse ante los ministerios con sus ovejas, dice que la próxima vez las degollará en plena vía pública,

para que escarmiente el Gobierno y, supongo, las ovejas. Ya me parece una cerdada torturar a los cerdos metiéndolos en el benjenal de una manifestación urbana y una ovejada hacer lo mismo con las ovejas. Una docena de tractores dispuestos a todo bloquean más y mejor, y no se expone a los animales a tanta animalidad humana como hay en las grandes capitales, que más de una cerda y más de una cabra llevadas a las capitales para manifestarse, en ellas no aprenden nada bueno y regresan al pueblo con el SIDA a veces y casi siempre con la frustración de no haber tenido tiempo ni para ir de compras al Corte Inglés... Eso sin contar los animales que, atrapados en las cargas policiales, terminan sus días en el matadero municipal porque a sus dueños se les ha ocurrido la cencerrada de convertirlos en vanguardia revolucionaria.

